

# Camino entre dos aguas

Por JOSE ANTONIO PEREZ TORREBLANCA

**L**

A anatomía urbana de Valencia remataba con el brazo extendido en el camino de Monteolivete. Aún estaban cerca las altas y desarboladas viviendas del Ensanche y ya se andaba por el campo. En una esquina de la calle de Joaquín Costa, entre dos enormes paredes de ladrillo, había junto a la plazoleta de una tímida alquería una parcela de alfalfa limpia y verde, acotada por aceas y sombreada por farolas. Todas las ciudades tienen el rompeolas del suburbio para que la marea campesina desbrave su ímpetu y se limpie la calza antes de entrar en la Plaza Mayor. Pero en Valencia, el oleaje verde saltaba sobre el camino de ronda y barría el asfalto de las primeras plazas con ultramarinos, estanco, placas de gestores administrativos y correos de niños cantando a la hora del atardecer.

La sensación de la anochecida es vertiginosa en las ciudades de la meseta, donde un campo crudo y solitario merodea con los canes por las primeras tapias. En Valencia, la noche se prolongaba habitada hasta donde se pierde la memoria de los campos. Machihembrados bancas y viviendas, la soguilla de las calles llevaba entretejida una hebra de vereda; la trayectoria de los pájaros nocturnos tenía una infraestructura de cables conductores de electricidad. Así hasta Sierra Espadán, así hasta Sierra Martés, así hasta Sierra Aitana.

El camino de Monteolivete festoneaba la orilla derecha del Turia, por la parte en que el río, represado a trechos, tenía un final poco decoroso de lavadero, ejido y barrio de las latas. Se presentaba en el aire del camino un casabeleo de collarines de tartanas antiguas en la hora del retorno. Pero todo era silencioso, hasta cuando los huertanos pasaban sobre sus bicicletas, de cuerna muy abierta, con haca y cestos voluminosos a la espalda. Y dejando a la izquierda el camino de Nazaret, se agarraba en una curva el camino del Soler, donde las cunetas empezaban a ser hondos canales de riego. Entrábamos en un mundo que parecía haber tenido alguna vez sus quince años bien bonitos. Como a ciertas bellezas amenazadas por la ancianidad inmediata, todo aquello mantenía el dibujo firme de su hermosura, pero padecía el exangüe desvanecido de los colores fundamentales. Camino adentro

se adivinaba la postal, pero empañada por un velo que no era de agua ni de polvo separadamente, sino de ambas cosas a la vez. Si es posible que el aire de un atardecer amalgame y suspenda, sin perder del todo su transparencia, la evaporación de las acequias y la polvareda que en el camino levantan los carros, aquella atmósfera de lodo gris era la que ahumaba los contornos de la lejanía.

A uno y otro lado del camino pasaban las barracas, las casas pequeñas, blancas y casi cúbicas, los patos, los campesinos y los chopos podados hasta el muñón del tronco. Y no pasaban al nivel de nuestra mirada, sino resbalaban

molinos de viento. En cuanto a éstos, podía presumirseles vencidos y enterados por los molineros y no por Don Quijote. Ibamos dándonos cuenta de que a los molinos, quienes los derrotan y los sepultan no son los caballeros andantes, son los huertanos y los maquileros, que cuando ascienden a caballeros de tenedor y cuchillo, no quieren que en sus campos crezca esa hierba fantasmal de los gigantes. Junto a cada barraca, su noria; el molino enterado.

Podía asegurarse que aquella tierra tan próxima al invisible mar propendía naturalmente a la sequía y hacia resistencia al milagro de un agua tan

lacustre, al modo de Volendam y de los arrozales chinos, le sobraba sol; y para tener la limpieza de los altos caminos españoles, le sobraba agua. Camino incierto, siempre «casi» un camino. A la derecha, la neblina disimulaba las lejanías de Masanasa, de Silla, de Beniparrell. A la izquierda podíamos suponer, porque nos lo habían prometido, que estaba el mar. Bajo un cielo azul pálido se extendía, inmensa, la tierra llana y enjuta, barbechando hasta la próxima «plantá» del arroz. Era —vamos a decirlo de una vez— triste, silenciosa y extrañamente bella aquella vaga plantación de soledad para pedirle las exactitudes del cromo a la holandesa.

Y de pronto apareció resbalando sobre el suelo una vela latina, blanca, plena como un pichón. A lo lejos, la barca disimulaba sus amuras en los estrechos bordes del canal. La vela andaba sola, con la calma de los aparecidos, rasgando el oleaje petrificado en la tierra laboreada de los marchales. Podía ser un bergantín loco o el ala perdida de un albatros, o una luna menguante desterrada de su órbita. Y podía ser un alma solitaria en medio de un mundo deshabitado desde mil siglos.

El camino seguía volviéndose para mirar en cada curva. Se animaba de carros que hundían sus yantas en el barro de las márgenes. «Carro y haca», para el camino entre dos aguas, y barca para navegar como semidioses sobre la tierra de labranza, eran los instrumentos naturales del arrocero valenciano. Las «chacas» bretonas eran tantas y tan soberbias como no las vimos en toda España. Ya en el siglo XV San Vi-

cente Ferrer recibía noticias de sus familiares por los tratantes valencianos que iban a Bretaña en busca de caballos. Antes que Volendam tuviera españoles para ordeñar sus vacas, tuvo Valencia aquellas hermosas jacas bretonas sirgando en las orillas de sus canales arroceros.

Y el camino dejaba a un lado detrás los pinares de la media luna del mar, y entraba más solitario que nunca entre los juncos de la Albufera.

Pero, ¿y Valencia, la de las cien torres? El vaho gris de la tierra fingía una lejanía que nunca era allí cierta entre ciudad y campo.

Valencia estaba allí detrás, a quince minutos de buen paseo.

(Dibujo de J. Nogales.)

lenta, tan calmosa. De Castilla acostumbáramos a bajar con un conocimiento más dinámico de las aguas y, sobre todo, con una visión más exacta de su transitoriedad. Cuando nosotros las veíamos en Toledo o en los berrocales del Puente del Congosto, las aguas iban diligentes y limpias, a lo suyo, por su camino. Y a la tierra que las veía pasar, hacía muchos siglos que se la señalaban las costillas de sílex. Difícil Tebaida de los candeales trigos de la meseta, donde Dios administraba las aguas desde lo alto, adjudicando la lluvia con tan inexcrutable omnisciencia como la Gracia.

Aquel camino arrocero del Soler, entre el agua del mar y el agua fangosa de los canales, sabía muy bien que para lograr la gracia completa de camino

do sobre el agua negruzca e irisada de los canales. Era un Volendam gastado, venido a menos, proletariado por la presencia del polvo en el brillo de la humedad. Le faltaba a todo un punto de claridad óptica para lograr la exactitud litográfica del buen paisaje de canales. Un poco más de gracia en el arco de los puentes que saltaban entre el camino y las barracas. Un brochazo de nieve en aquellas manadas de patos color gallina que bogaban difícilmente sobre el agua achocolatada, provocando con la roda de la pechuga un leve tremolar aceitoso en la superficie del cielo. Un poco de recién llovido, sobre todo, y aquel camino entre dos aguas habría recuperado su obligatoria condición de esmalte.

Se echaban de menos las vacas y los



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II

MADRID, 14 DE MARZO DE 1943

NÚM. 63



## SUMARIO:

Fortuna, de G. Lohueta. Valencia al servicio de España, por López de Alta. Págs. 1. Escenas al campo, por José Ombuena. Págs. 2. Ausas March y Teodoro Llerena, poetas del campo y el campo de Valencia, por Jorge Martorell. Págs. 3. Acequias de la huerta valenciana, por Alberto de Oñate. Págs. 4.

Las condiciones de Mañana en la huerta valenciana, por Manuel González Martí. Págs. 5. Cuna de Valencia al río y en tierra las puertas del mar, por Juan de Benavente. Págs. 6. El campo y el río de la huerta en lo alto de la Silla, por Adolfo Oñate. Págs. 7 y 8. Vinos y uvas de la huerta, por A. G. Págs. 9. Mañana en Valencia, por J. L. y L. que produce la huerta valenciana, por R. Alfaro. Págs. 10. Aguas del agua española, por Juan Antonio Gá-

mes Trénor, y la ganadería valenciana. Págs. 11. La pella, por Martín Domínguez. Págs. 12. La canción popular valenciana, por Eduardo M. Chivert. Págs. 13. La industria metalúrgica en Valencia, por Luis Moreo y Mía. Págs. 14. Ombres entre dos aguas, por José Antonio Torresblanca. Págs. 15. Dibujos de Lohueta, Pedro de Valencia, Ombres y Nogales.







# LA CANCIÓN POPULAR VALENCIANA

Por EDUARDO L. CHAVARRI

LA de la raza es la canción.

Fior del espíritu de las gentes, aroma de su sentimiento, por ella se exhala, todo el poder poético de la raza.

A veces, los pueblos olvidan de su propia estimación. Ello sucede cuando se aglomeran las masas humanas en las ciudades y el ideal se sustituye por el egoísmo y por el culto del vientre. Entonces desaparece la canción popular y viene nada más que esa execración ciudadana, voz de vicio, de sensualidad, de motín y destrucción. Hasta que por designio providencial aquel pueblo se encuentra de nuevo a sí mismo, y la canción pura, noble, vuelve a reintegrar a las gentes su conciencia y logra que éstas tornen a sentirse hermanas en ansias de no ser más idénticas.

¿Quién creó las canciones populares? Cuando nacieron? Cosa es esta imposible de resolver. Porque la canción popular verdadera, la que perdura siempre en la raza, no es la tonada momentánea y circunstancial que dura un tiempo se pone de moda y pasa sin dejar ningún rastro; es tampoco—repetámoslo en bien de todos—la creación de baja escena, de tablao innoble, que quiere pasar por la sana, honrada creación de las honradas y sanas gentes. Muchas bocas cantan la hispánica jota y luego el indeseable ecuplés viloso; ¿creeremos por ello que el segundo sea en verdad un canto popular? Sería tanto como confundir el pueblo con la plebe: el primero es la raza, mientras la segunda es la aglomeración artificial, producto de las grandes ciudades, en donde la gente convive sin conocerse, sin sentir la solidaridad de espíritus ni la paz interior necesaria para comprenderse y estimarse, querer cantar juntos. Del pueblo nacen los coros; de la ciudad nacieron las bandas. El coro habla cuando canta y el canto comunica directamente con la Divinidad y con sus semejantes, cuando expresa mejores emociones de su alma; el otro intérprete ya es un ejemplar, ya no es a raza, y para expresar su oración más íntima necesita un intérprete, un intermediario material, un pedazo de madera o de metal en forma de clarinete, de saxofón o de bugle.

La canción es como el Ángel de la Guarda musical, en los pueblos. Acompaña a las gentes desde que nacen, y son las canciones de cuna el primer amoroso que los arrulla para dormir. Luego son los fuegos infantiles, las fiestas, los cantos de odio, de amor y de guerra, las fiestas de familia, los dolores y los lutos, el hondo sentir de la Patria, la paz del hogar, las tareas agrícolas, las fiestas religiosas, la muerte al fin: siempre acompañando el hombre por las canciones llenas de expresión, de nobleza y de originalidad. ¿Verdad que estamos lejos del ecuplés canchalesco y de la idiota creación del ciudadano que supo algo de solfas?

Y es que los cantos populares nacen de un conjunto extraño de circunstancias, las cuales concurren para dar personalidad especial a los ritmos, melodías y armonías que son alma y forma, a la vez, de aquellas creaciones. Estas aparecen como cosa viviente, como una flor, y hasta como un ser consciente, y, de igual modo que semejantes animadas criaturas, cambian las canciones y se modifican según el medio en que se desenvuelven (raza, suelo, clima, etcétera), perdurando unas, derivándose otras nuevas, y constituyendo así una riqueza espiritual, tanto mayor cuanto más grande fuere la pureza del pueblo que las produjo.

Nadie sabe, pues, quién creó la canción popular. Acaso en ello consista su principal fuerza. Quiénes piensan que nació como Minerva, con su forma definitiva, su traje y sus armas, siendo transmitidas de unas a otras gentes hasta que se olvidara al autor a puro de ser apropiada por el acervo del pueblo. Entonces las gentes que conviven entre sí, y están en contacto inmediato con la naturaleza, gentes del campo, de la montaña, de los bosques, o del mar, estas gentes que cuando en medio de la faena levantan la frente para descansar ven sobre sí la inmensa bóveda azul, o los miles de estrellas si es que llegó la noche; pues éstas son las que de manera subconsciente crean esas canciones del pueblo. Pueblo, repetimos, y no clase social; popular; es decir, raza, personas que conviven unidas por identidad de espíritu, de suelo, de lengua, de tradición, de costumbres... Las organizaciones de falsa democracia, olvidando que la pureza del concepto está en el cristianismo, han querido borrar toda distinción personal para convertir a las almas en número y llegar a esas organizaciones con series. Y con ello desaparece la lírica de cada nación. De las canciones populares rusas, por

ejemplo, nacieron los Mussorgski, los Gluck, los Borodín, los Cui, los Rimsky... ¿Qué se ha producido luego? Tonadas de café-concert europeo y que no tienen el dinamismo de raza, ni la tradición nacional.

La canción popular valenciana toma su carácter de las circunstancias que la hablaban: la tradición secular, el suelo vario, el clima suave, el carácter campesino de la mayoría de los habitantes... Dos elementos fundamentales para el sentimiento de arte se juntan en el país: el latino y el árabe. La influencia morisca se aviene mejor con el suelo y el clima, por lo cual todavía perdura en el campo; cerca de ocho siglos de convivencia entre musulmanes y cristianos dentro de las tierras de Levante (además de la constante influencia que los levantinos sufrieron de Oriente, merced al camino mejor: el mar), dan como resultado melodías y tonos en que dominan las escalas orientales, las modulaciones largas y los más graciosos y ricos adornos.

Ello perdura y se siente en la gente del campo. ¿Por qué esa persistencia de la fuerza y de la gracia orientales? Muy sencilla es la explicación. Recordemos que en las nave fenicias, griegas y romanas aportaron a estas tierras gentes con las costumbres (y, por lo tanto, con las canciones) de sus tierras; no olvidemos que durante los tiempos visigóticos, ejércitos y colonias imperiales de Oriente continuaron ocupando comarcas costeras; y en cuanto a la influencia de los musulmanes, bien evidenciada queda. Todo lo cual da como resultado canciones populares en que aparecen unidos elementos europeos y elementos orientales, con sus características cualidades que muchas veces llegan a fundirse, formando una unidad superior muy española.

La población del campo valenciano la formaban, pues, familias moriscas y cristianas viejas, entre las cuales la lucha de raza y de religión perdía el carácter violento como el que establecía la competencia del vivir en las ciudades. Y el canto oriental perduraba libremente, por lo tanto, en la vida labradora. Cuando llegó la expulsión de los moriscos, todavía quedaban en las tierras de Castellón y de Lérida muchas familias que tardaron años y años en ser extirpadas de allí; además, los niños menores de catorce años pudieron quedarse, y es edad ésta en que no se olvidan las canciones de fuenas campesinas, tanto más cuanto que los muchachos moriscos quedaban bautizados, viviendo con campesinos cristianos que estaban habituados por tradición a los mismos cantos orientales, por lo que persistió la tradición de canciones y músicas moriscas. Pero aún hubo más: los señores dueños de las tierras conservaron como pudieron a sus antiguos labradores moriscos ocultando su condición, para no perder tan excelentes hombres del campo. Y, por último, no faltaron muchos de aquellos expulsados que, después de dramáticas odiseas por las costas de Marruecos, Foz, Egipto, Siria y Turquía, rechazados en todas partes, pues que llevaban consigo hambre, miseria y enfermedades, regresaron a sus valencianas tierras para venderse allí como esclavos y seguir en el cultivo de sus antiguos campos; en los cuales volvieron a vocar con más fuerza que antes los cantos de faenas y aforanzas orientales. ¿Comprendes ahora, lector, cómo en la huerta valenciana, y en los marjales de la Marina o en los valles de la Montaña perduren estas canciones del pueblo tan perfumadas de Oriente?

Hay una canción señora, que es la duña del campo: la voz de la huerta. Surge cuando se trilla en el campo. Figúrense la tierra cuando parece a la hora del mediodía como cegada por aquella inundación de luz que todo lo purifica. El campo, inmenso, está silencioso como si celebrara el misterio de la vida fecunda. En la grandeza de la soledad castellana, o en la alegría de los huertos mediterráneos, surge la canción que es liberación del sentir. Y es de notar que apenas terminada una canción, surge más lejos otra, y otra más allá después, y no responden desde la lejanía y se pierden sus ecos en el horizonte... La brisa mueve blandamente las hojas de los árboles; a lo lejos, la línea inmóvil, azul, del mar, presencia atónita aquel revelado de canciones maravillosas.

Cantan los labradores a cielo abierto, con toda su voz, y en forma libre que escapa a todo rigor de su estrófono. La entonación es fuerte, y a placer los escaladrones, breves o cortos, sin que en ello pare mientes el cantor. A menudo, entre verso y verso, se hace una pausa, o se lanza una exclamación para animar a las bestias que arrastran el trillo, las cuales —dicen los payeses— no resistirían bien el trabajo ni regularían su paso si dejaron de oír las canciones.



La canción de la trilla suele tener al principio una alegoría enteramente morisca, y es una larga vocalización que precede a la letra. Como hemos indicado antes, la letra abarca todo el sentir humano. El lector se puede formar idea del carácter noblemente labrador de estas canciones:

*L'asóit y la ferradura,  
la ferradura y l'asóit,  
fan la palla mes menuda  
y al rostit porten al trot.*

o sea, literalmente puesto en castellano: «El látigo y la herradura, — la herradura y el látigo, — desmenuzan mejor la paja — y hacen que trote el caballo».

La ingeniosa poesía del campo se nota en esta improvisación escuchada por el que suscribe de labios campesinos y cantada por las inmediaciones del viejo campo de Sagunto:

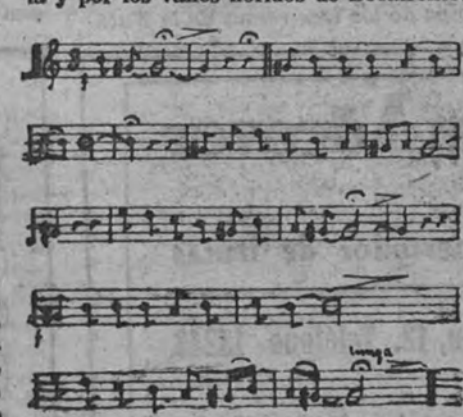
*En lo mij d'un bell jardí  
es ont va naixer má mare;  
y es lo que mes m'agrada a mí  
qu'era laurau mon pare  
y que jo en l'horta naixquí.*

o sea: «En medio de un hermoso jardín es donde nació mi madre; y lo que más me agrada es que mi padre fuese labrador y que yo naciera en la huerta». Por último, como expresión admirable del dolor humano, del sentimiento íntimo del amor a la familia, véase esta comenación que nace en medio del trabajo por el hombre que labra pensando en los suyos:

*Canta, compañero, canta;  
canta té que yo no puc,  
que tinc la dona malalta;  
¡Deu que li dona salut!*

es decir: «Canta, compañero, canta; — canta té que yo no puedo; — tengo a la mujer enferma. — ¡Dios que le dé la salud!»

He aquí la melodía (presindiendo de la vocalización preliminar) tal como se oye por las sierras perfumadas de Mariola y por los valles floridos de Bocalrentet



Pero hay otro ejemplo de canción popular bien diferente del anterior, y asimismo bien valenciano: lo que acompaña al baile clásico popular llamado «jota valenciana», o también «jota y el dos», nombre éste

último nacido tal vez de las posturas de los dedos sobre los trastes de la guitarra que acompaña el baile. Danza campesina, sin la baja sensualidad ciudadana, en ella los bailarines permanecen frente a frente sin tocarse; enarcan los brazos sobre las cabezas con movimientos cadenciosos y elegantes; suenan las castañuelas; el busto permanece inmóvil, pasos moderados... la «Valenciana» es así un baile barroco en donde leves balanceos del cuerpo, también impregnados de natural elegancia, juntan recuerdos moriscos con estilización y poleromías de trajes propios del siglo XVIII. La mujer danza con la vista baja, hablar nulo y pies infatigables. Y como el baile no es cosa de espectáculo sino fiesta familiar, o fiesta de convecinos, los demás concurrentes no son espectadores, sino que cantan, a quien mejor, sendas coplas llenas de garbo y oportunidad, acompañados por el rasguear de guitarras y bandurrias.

Las letras sobre que se cantan varían hasta lo infinito: flores a las muchachas, alusiones románticas a alguien al presente, cuando no, bromas y aún alusiones intencionadas de amoríos o celos, por ejemplo:

*Baix la meua brosquillera  
me digueres qu'em volles,  
y desde llavors el arbre  
fa més dolces les brosquilles.*

Que puesto en castellano equivale a: «Debajo de mi modesto conero — me dijiste que me querías, — y desde entonces el árbol — hace más dulces los frutos».

## Puertas abiertas al campo

(Viene de la página tercera.)  
ta «espeja y grand», dice el Poema. A aquellas gentes curadas de asombro y venidas de la espaciosa Castilla, les vence una incontinente admiración cuantitativa ante la huerta «frondosa y grande».

Y es anchuroso y feraz el campo de Valencia. Desde los dorados arrozales y el azogado espejo albufero, plomo derretido, hasta los dilatados huertos de un verde opaco y espeso, se tiende un perfecto ajedrezado campesino, que sólo interrumpen las palmeras con su vuelo desmayado y unánime. De ella y para ella vive Valencia, la ciudad huertana que aeccha amanececer tras los pinos de la Dehesa y conserva muy abiertos los dos portales que ya nada cierran y ya nada guardan; puertas puestas al campo por un pueblo de campesinos.

José OMBUENA



Las Torres de Serranos en un grabado de fines del siglo XV

En Valencia todos los caminos llevan al campo, todos menos uno que va a morir a la mar, y, sin embargo, tan solamente le quedamos dos puertas, reliquias las dos del tiempo en que estuvo ceñida por el estrecho cinturón de las murallas.

Esas puertas son: la de Serranos, dulce, dorada y armoniosa como un panal que hubiese copiado sus formas al gótico más gentil; y la de Cuarte, hombruna, macizota, bronca, con la tostada epidermis roída por la metralla francesa y con la cara vuelta hacia todos los vientos del Poniente. Dos puertas que ya nada cierran y ya nada guardan, y que bien plantadas en los extremos confines de la ciudad foral y prerrenacentista fueron como cauces abiertos para llegar hasta su corazón claro, propicio y mal guardado, también como casa con dos puertas.

Las de Valencia rubrican el sentido del decir popular, porque mientras que por la una escapábase la ciudad hacia la grata y feraz planicie huertana, que es su afán, su porvenir, su fortaleza y las hondas raíces de su propia vida, por la otra invadían en tropel los hábitos y sentimientos labradores. Alzar murallas entre lo uno y lo otro es tan perfectamente difícil, tan pintorescamente inútil, como tratar de poner puertas —puertas abiertas— al campo.

Hay ciudades que parecen hechas para reposar secularmente al abrigo de los intactos y vetustos muros de su cinturón defensivo. Son ciudades asediadas por un paisaje hostil y hermético que las recluye más y más en el angosto perimetro amurallado. ¿Mas cómo podría Valencia ser así?

A Valencia la gana y la pierde, la exalta y la enerva, la placentera vecindad de los nupciales azahares ribereños que, así que llega mayo, cuando los campos hacen cursillos de excepcional jardinería, inundan con su aroma las sosegadas noches de la ciudad. Toda Valencia huele entonces a novia, y todo el campo, a galán. Lope de Vega, buen aza-

dor de fragantes sensaciones, ya lo dijo: «Como huele Valencia en primavera no huele población alguna.» Y al aroma tampoco se le pueden oponer puertas ni murallas. De ahí que las puertas de Valencia tienen mucho de escenario gozoso para recibir a quienes llegan con el alma radiante de dadas huertanas o para fondo de unas nupcias de la ciudad rendida a un incruento asedio vegetal obstinado, placentero y floreciente.

Torres de Serranos y torres de Cuarte son los nombres con los que los valencianos designan a sus dos puertas; y se justifica, puesto que están flanqueadas por un par de torres simétricas que completan su sugestiva plasticidad. Lo demás, el cómo y el qué, es ya historia aparte.

## LA OBRA DE UN MAESTRO CANTERO

La de Serranos, del más delicioso y reposado gótico que uno pueda imaginarse, es la obra de un maestro cantero. Se llamaba Pere Balaguer (Pedro Balaguer), y era un hombre que hacía arte según Dios manda, esto es, sin saber exactamente que es arte lo que se está haciendo; como el rapado ciego que narró las hazañas de Ulises o como los pájaros que cantan y no saben qué ni por qué. Pere Balaguer era un artista de geniales dotes, aunque gremialmente no pasaba de maestro cantero. Eruditos bien abastecidos de datos nos informan que cobraba hasta seis sueldos diarios cuando más, y que—detalle curioso y sugerido—la ciudad le regaló nueve varas de tela de Flandes para que con ellas se hiciese un rico traje.

Toda su obra se realizó en muy escaso tiempo, a fines del siglo XIV, cuando la palabra de San Vicente Ferrer tronaba sobre la Cristiandad medieval. Entonces Pere Balaguer puso manos a la empresa. La música artesana de los martillos labrando piedra se expandió augural sobre la paz de los campos inmediatos, al tiempo que una oleada de prosperidad anegaba a la ciudad vencedora de ese doble azote que es la guerra y la peste. Los valencianos quedaban satisfechos; la nueva puerta era de su gusto, gótica; pero bien enraizada en la tierra, sin levedades casi ingravidas ni crispaciones fla-

# Puertas abiertas al campo

Por JOSÉ OMBUENA

mígeras. ¿Y para qué? El pueblo valenciano agricultor, realista y pintorescamente sensual, trae el gótico a la razón: que la puerta sea a la vez práctica y bella, y, sobre todo, nada de alucinaciones, que si el levantino duerme la siesta a la fresca sombra de las morenas, no sueña con hipogrifos ni quimeras monstruosas, y si con seres de carne y hueso, tangibles y frágiles, o con la angustia de las cosechas en peligro. Pere Balaguer lo entendió así, y sucedió que un maestro cantero llegó a ser intérprete genial, perdurable en su obra y creador, sin saberlo, de la vocación artística de un pueblo y de una época: el pueblo, de labradores y mercaderes; la época, viajera y precursora de penitentes.

## CON LAS MORDEDURAS DE LA METRALLA

Si la puerta de Serranos encarna la gracia, la de Cuarte representa la fuerza. Lo que en aquella es preponderancia de la línea, en ésta es exaltación de los volúmenes. Lo que en aquella tiene aire de arco triunfal, de bienvenida para quienes aportan las ofrendas frutales del campo de Sagunto o de las tierras de Puzol, rojas y fecundas, y salutación cordial para quienes llegan de las enjutas y fragosas breñas del bajo Aragón y de la activa y mercantil Barcelona—rutas del Norte y del Nordeste—, en la de Cuarte toma carácter de fortaleza erguida frente al Poniente, de donde viene el viento árido y quemante que afloja los nervios y debilita los pulsos, y un vino sutil que alegra el alma. Y no se equivocó el instinto valenciano, pues en tanto que las torres de Serranos conservan casi intacto el caudal de su gracia, las de Cuarte llevan en su carne cinco veces secular las gloriosas mutilaciones que son como un distintivo a la fidelidad heroica tatuado en el pecho de la ciudad cuando a lo largo y a lo ancho de la Patria corrió la pólvora de la francesada.

Fué el mariscal Moncey quien dirigió el asalto a la capital por las águilas napoleónicas, y fué valencia entera la que excepcionalmente corrió a cerrarle al invasor la puerta abierta de la muralla. Y también entonces hubo de ser protagonista de la rebeldía un huertano llamado, en virtud de su profesión, «el Palloter», y a quien cierta historia legendaria hace vecino de uno de los pueblos inmediatos a la ciudad; pueblo enmarcado por un glu-glu de acequias y un verdor perenne.

Pero volvamos a la puerta de Cuarte. Tiene cerca de medio siglo de juventud sobre la de Serranos, y su traza austera y grandiosa es obra de Pedro Bonfill. Concordancias las presenta e ilustra por cierto: nada más y nada menos que con los torreones del napolitano Castel Nuovo, que por aquel tiempo había se construyó Alfonso V, cara al dulce mar que copió para siempre en azul y en espuma la vieja sonrisa de los dioses paganos.

## EPILOGO ANTE EL PORTAL DE VALDIGNA

¿Y ya está todo? No, no está todo. Resta lo mejor y también lo más humilde: el íntimo y casi familiar portal de Valldigna, que desde su vejez bien llevada puede tildar de bisoñas a sus otras dos hermanas. El portal de Valldigna estaba

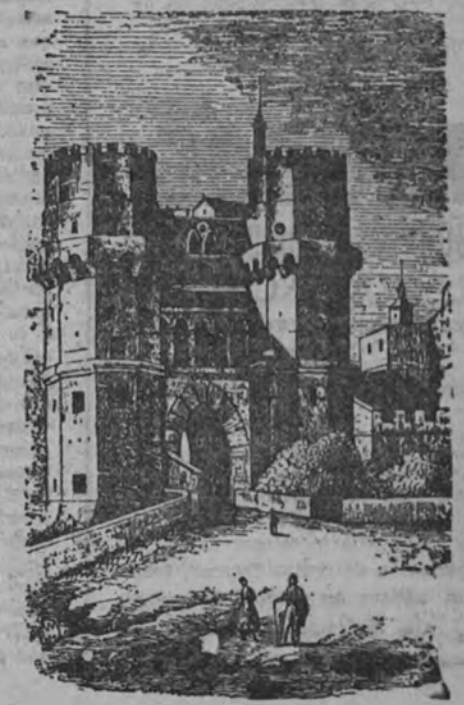
abierto en la primitiva muralla árabe, y ahora se reduce a cerrar pintorescamente una de las calles más recoletas de la ciudad. Y, sin embargo, ¿de qué no habrá sido testigo el morisco portel?

Cuando las puertas de Cuarte y de Serranos no podían ser ni siquiera una idea en la mente de sus creadores, ya soñaba el un cielo nocturno poblado de fantasmales chilabas y albos alquiceles, y turbado por el sangriento fragor de las algarras. Ha oído el galopar del caballo del Cid; ha presenciado el éxodo de los moros vencidos por don Jaime, el legendario Conquistador; ha escuchado el repicar de la campana de la Unión convocando al motín y a la discordia; y todo esto antes de que se empezasen las obras de Cuarte y de Serranos.

Pero en la imaginación popular esta puerta se vincula casi exclusivamente al recuerdo del Campeador de Vivar, Rodrigo Díaz. Por esta puerta, dicen las gentes sencillas, entró en Valencia el Cid. ¿Y por qué no? Por esa puerta pudieron entrar bajo un enjambre de lanzas las mesnadas del Cid, aquel hombre de hierro y ternura a quien se le quiebra el alma al reunirse con su mujer e hijas.

La escena nos la ha legado el Poema. Por el largo camino flanqueado de nostalgias que conduce hasta Castilla, «la gentil» e inmensa Castilla, llegan las damas acompañadas por el fiel Minaya. Las solistas bien amadas sueltan las lágrimas del caballero castellano. Luego hay una acción de gracias del obispo don Jerónimo, y un alarde ecuestre del Campeador, jubilo que iniete sobre el recién ganado «Babicea». Pero a Rodrigo le falta tiempo para mostrar a Jimena la dulce abundancia de sus nuevos dominios, y le hace subir a lo más alto del alcázar. Un blando vientecillo marinero juega con las flocas de la castellana, mientras un paisaje no presentado se tiende bajo la atmósfera limpia y sonora, como de cristal; primero la ciudad tortuosa y angosta, mudos los alminares de las mezquitas, y ceñida por el Turia rojizo que lleva espesa escorta de verdigrises cañaverales; más allá, la mar resplandeciente al sol del mediodía, los pinares sombríos, los caseríos blancos y luminosos. Pero sobre todo, la huerta; la huerta.

(Continúa en la página catorce.)



Otra representación de la puerta de Serranos. (Grabado del siglo XIX)



# Ausias March y Teodoro Llorente, poetas del espíritu y del campo de Valencia

Por JORGE MARTORELL

dante una lámpara de considerable buen gusto y oportunidad, acaeció el 1459.

## LA OBRA DE AUSIAS MARCH

Ausias debió ser fundamentalmente un hombre de intensa vida interior. En su poesía no aparecen sino con extrema fugacidad los motivos del mundo exterior valenciano que tan fuerte regalo supone para los sentidos. Los poemas de March se refieren con sorprendente exclusividad a las cosas que le atenazan el alma; el fué quien escribió:

«Cada requer e vol a son semblant per ço no em plai la pràctica dels vius».

—Cada cual busca y quiere a su semejante, por eso no me place la compañía y el trato de los vivos.— El poeta tiene el alma transida de una tan honda y fina melancolía que contradice a quienes sólo ven en el valenciano un falso relumbrío de oro-peles y una absoluta incapacidad para la sutileza. Ausias es un símbolo: él deja —según dice— que la gente se entregue a fiestas y goces, y mientras, trata de desentrañar el oscuro lenguaje de las tinieblas y de las almas irremisiblemente perdidas.

Hay un poema de Ausias verdaderamente interesantísimo, dedicado a Na Teresa, la hipotética Teresa Bon, que es la Laura y la Beatriz del poeta valenciano. Dicho poema empieza con una ponderación de la medida expresiva y una recusación de los falsos y falseadores juegos retóricos; dice de esta manera: «Dejando aparte el estilo de los travadores que, por ardor exageran—o trasponen—la verdad, y reprimiento mi querer afectado para que no me turbe, diré lo que encuentro en vos». Esto, en la pluma de un valenciano alcanza categoría de ejemplar virtud en lo que tiene de volutariosa servidumbre a la fidelidad en la expresión y de deseo de sencillez retórica.

El amor ideal a la mujer, y el arrepentimiento de sus pecados, son los dos ejes en torno a los que giran los versos del glorioso poeta cuyo «Canto espiritual» es emocionante y espléndido anticipo de la posterior poesía religiosa. En él pide a Dios el don de la Gracia: «Ya que sin Ti nadie a Ti llega, dame la mano o cógeme por los cabellos». Pero sabe que el Señor sólo ayuda a quien a sí mismo se ayuda: «car Tu no vals sino al qui s'ajuda». Y se acusa de llegar a la Divinidad antes por caminos de temor que de amor: «Yo tem a Tu més que no et só amable, e devant Tu confés la culpa aquesta». Pero espera inflamarse un día de amor hacia Dios, y menospreciar los bienes de la vida; entonces—dice—estarán debajo de mí todos las cosas que ahora me veo sobre los hombros.

Extraño y complejo espíritu el de aquel hombre...

## EL MODERNO RENACIMIENTO POÉTICO: TEODORO LLORENTE Y OLIVARES

Tras un largo período en el que el valenciano poético había perdido sus mejores brillos, se produjo en la segunda mitad del siglo pasado una gran corriente renacentista que, fenómeno curioso, se inició por una casual coincidencia al mismo tiempo en Cataluña, Valencia, Baleares y la Provenza. Precisamente se había alejado por aquel tiempo la figura patriarcal y venerable de Federico Mistral, el cantor campesino de «Mireyas». En Valencia la hegemonía poética quedó en manos de Teodoro Llorente, quien había proclamado que el amor a la tierra era la musa inspiradora de aquella restauración literaria. Ahora bien, cuando Llorente habla del amor a la tierra hay que tomar sus palabras rigurosamente a la letra. Amor a la tierra es fervorosa comunión con el paisaje montañoso, marino y huertano, con sus hombres y con sus glorias pasadas. El grupo renacentista se preocupó empeño de manifestar su sincera, absoluta y eficiente españolidad.

En oposición a Ausias March, cuyo aliento lírico recogía, Llorente se inspira directamente al contacto con el campo, con la huerta de Valencia, de la que nos ofrece una versión virgiliana rebosante de ternura:

«Vora'l barranch dels Aiguallots l'avguia corrent los camps anega; en sos espills lo sol llamega; y trau l'arros verducos brins...»

La instantánea huertana es minuciosa y exacta: el barranco, los campos vecinos sobre los que se desborda el agua del riego, el sol relumbrando sobre su caudal, y el fresco verdor de los arrozales. El personaje femenino de los versos de Llorente no es la estilizada Teresa de Ausias, sino pura y simplemente una huertana actual: Visanteta. El poeta se siente también labrador y la invita a que suba a la grupa de su potro blanco:

«I ben alegre a la porta de l'alqueria, y vorás que per durte jo a la grupa t'aguarda mon potro blanc».

La obra maestra de Llorente es su breve poema «La Barranca», verdadera joya de antología que resume un amoroso fervor hacia todo lo que pertenece a la vida de los «auradors» valencianos, cristianos y trabajadores. Porque el labrador de la huerta valenciana es, traducción del mencionado poema, «sobrio, sufrido, ligero, fuerte y leal...», y tan tenaz en su esfuerzo y en su cordialidad dadivosa como supo verle Teodoro Llorente, el insignie poeta del campo de Valencia.

(Dibujo de Genaro Lahuerta.)



AUSIAS MARCH

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, fiel intérprete de todas las vibraciones de la plural alma española, puso un prólogo justamente laudatorio y extensamente documentado, al llorentino «Libret de versos». A Menéndez y Pelayo le encantaban los peculiares acentos líricos de la poesía valenciana considerada en su total desarrollo histórico, o sea desde Ausias March hasta Teodoro Llorente. Por ejemplo, refiriéndose al mencionado «Libret de versos» de este último, dice que «bastaría para impedir o, a lo menos, para retardar la muerte del habla expresiva y dulcísima en que ha sido compuesto». Y todavía añade: «Si es ley fatal que esta lengua desaparezca de las márgenes del Turia, todavía los versos de nuestro autor, enlazados a través de cuatro siglos con los del profundo y sublime cantor de Na Teresa, conservarían en

la memoria de las gentes los sonos de una lengua que llegó a ser clásica antes del Renacimiento, y que ni el abandono de sus hijos ni la parodia vil han logrado despojar de su primitiva nobleza».

La versión fidedigna de la historia de la poesía valenciana queda dibujada en estas palabras con contornos exactos y veraces. Cierta es su polarización en las dos figuras —March y Llorente—; cierta su llegada al total clasicismo antes de que el Renacimiento ofreciese el espectáculo de su vigorosa energía creadora, y cierto también, sobre toda discusión, que cuando la sonora lengua valenciana se había enroscado por el desuso, y adocenado por su exclusiva aplicación a fines ramplones y antiliterarios, fué recogida, dignificada y ennoblecida de nuevo por obra de aquel insignie poeta que fué don Teodoro Llorente. Enfrentámonos, pues, con una perfecta ecuación: poesía valenciana igual a Ausias March y Llorente, escollidos ambos por un memorable y nutrido cortejo de versificadores.

## AUSIAS MARCH

El caballero Ausias March era natural de Gandia, alegre y laboriosa población del litoral valenciano, medio marinera, medio labradora. Hoy mismo los gandianeses se alaban, y con entera justicia, de la gracia y pulcritud de su ciudad y de la opulencia y belleza de sus huertos. Ausias nació en 1397, en el seno de una familia noble y letrada. Su padre era Pere March, señor de Beniarjó y administrador del Duque de Gandia; su madre era Leonor Elipoll, nieta del señor de Genovés. Sabemos que Pere March frecuentó con notable sensibilidad el trato de la Muses, y hasta poseemos en este aspecto el elocuente testimonio del marqués de Santillana, que escribió de él lo que sigue: «Mosén Pere March, el viejo, valiente y noble caballero, fizo asaz fermosas cosas, entre las cuales escribió proverbios de gran moralidad». Por lo visto la vena familiar andaba más cerca de la moral que del lirismo, y esto se confirma también en cierto modo a lo largo de algunos fragmentos de la obra de Ausias. Jaime March y Arnaus March fueron otros brotes, también poéticos del linaje.

En cuanto a la vida de Ausias, evoca grandemente el recuerdo de otro caballero poeta, militar y cortesano: Garcilaso de la Vega. Las vidas de ambos corren casi paralelas, porque también Ausias fué soldado del monarca aragonés Alfonso V, participando en expediciones bélicas a Córcega, Cerdeña y Africa. Después, regresado a su tierra, contrajo dos veces matrimonio y heredó los señorios paternos. Su muerte, recordada en Valencia me-



TEODORO LLORENTE

NUNCA es agradable la huertana. En los tenues característicamente valencianos, menos. Contra lo que generalmente se acepta, todo ese perfollito retórico y super-barroco que las gentes, con mentalidad de turista, suelen crecer como inseparable de Valencia, es, no sólo perjudicial, sino anti-valenciano. Los temas entrañables de esta tierra—la traca o el arroz, San Vicente Ferrer o el Tribunal de las Aguas—exigen siempre línea segura y trazo vigoroso. Precisión. Tiro directo; stendheliano.

Después de esto, he dado pie al lector para que, ante un tema tan sustancioso y palpable como la paella, me diga sin rodeos: «¿al grano?» Comprendo, lector, tu razón. No vale salirse por las ramas. Ahora bien, en el caso presente, y sin que con ello quiera estimular el chiste fácil, ¿dónde está el grano del tema y cuáles las ramas por las que no es honrado evadirse?

A esto respondemos, con toda claridad: las ramas de este tema son toda esa serie de tentaciones pindáricas que acometen al escritor cuando, al tener que hablar sobre algo tan mundialmente famoso y celebrado como la paella, se cree en la obligación de dar a sus palabras entonación de himno, guarneciéndola un plato tan simpático de adjetivos olímpicos y frases lapidarias. El grano o el meollo del asunto lo constituye una serie de extremos muy diversos que abarcan desde lo que podríamos denominar ortodoxia y rito paelleirí, a lo estrictamente culinario, sin olvidar las determinantes geográficas, históricas y sociales.

## ORTODOXIA Y HEREJAS

Cuando «Azorín» dice en su «Valencia» que si la paella es máxima contiene «arroz, anguilas, salmónetes, pollo, jamón, longaniza», dice, sencillamente, una herejía. La paella consta fundamental y exclusivamente de arroz, aceite, pollo, anguilas y determinadas hortalizas. El agua correspondiente para la cocción, sal y azafrán o pimentón. Ah; y caracoles de monte de los llamados en Valencia chonetes o vaquetes. Se tolera añadirle algún marisco—lo más indicado son langostinos—, aunque los defensores intransigentes del «dogma» califican semejante condescendencia de pecado grave. Y tienen razón, en mi concepto. Desde luego, lo que no se puede admitir es lo del salmónete. Y en cuanto al jamón, nadie ha pensado jamás en complicarlo con la paella. «Azorín», alcañino de la zona menos próxima a Valencia, se casi siempre las cosas valencianas un poco bizcamente, de soslayo, con un enfoque romboidal. La longaniza está totalmente excomulgada en la paella. Acaso «Azorín» haya querido referirse a un sabrosísimo picado de magro de cerdo liado con manteca de cerdo, huevo, sangre de pollo y miga fina de pan, que reciben en Valencia el nombre de «pilotes» por la forma en que se le da a la masa de pequeñas pelotas, esféricas o alargadas.

Perdona, lector, si hilamos tan delgado. Pero es que en el arroz hay tres o cuatro platos fundamentales que podríamos llamar «dogmáticos»: la paella, el «arrós en fesols i naps», el «arrosetat al forn», el «arrosetat abanda», etcétera, sujetos a fórmulas rigurosas y vulnerables, su composición, condimento, guiso e incluso modos de presentarlo y comerlo, constituyen una verdadera ortodoxia. Luego vienen otras clases de arroces, no sujetos a un tan estrecho orden dogmático, pero siempre

# LA PAELLA

Por MARTIN DOMINGUEZ



«dentro de la fe y las buenas costumbres».

En este orden, la forma más escandalosa y nociva de heterodoxia es el arroz con leche. Un amante de los buenos arroces, un valenciano de verdad, huye del arroz con leche como el cristiano viejo del infiel blasfemante. Cuando veáis arroz con leche tened por cierto que estáis en tierra de infieles y que difícilmente comeréis ningún arroz medianamente razonable.

## BOTIN DE CRISTIANOS VIEJOS

Cuando el Cid, acompañado de su mujer y de sus hijas, contempla, desde la más alta torre de Valencia, el vergel conquistado, el jugar de Medina del Campo, resume así sus impresiones de la huerta: «espesa es e grand». He aquí dos conceptos perfectamente aplicables a la paella: densidad y dimensión. Tan abigarrada en sabores y tan imponente en su magnitud gastronómica, la paella verdadera anula para cualquier otro plato posterior. Los demás platos regionales—espléndidos muchos—son todo lo más un buen libro. La paella es más «obras completas». Lo resume todo. Participa de los tres reinos de la Natu-

raleza. Del mineral toma el punzante pero casi imperceptible saborcillo metálico de la sartén en que se guisa—la paella!—. También de la leña en que se cuece: en los pueblos de la Rivera del Júcar, Gandia, la Plana, etc., se usa la leña más fina de los naranjos. Saborcillo también del propio fuego abrasador, el artificio de ese poco oscuro, requemado y acaramelado, crujiente, sabrosísimo, que llaman «socarrat». Del reino vegetal el jugo de las hortalizas, el aroma del aceite, la hondura gastronómica del arroz y el oro pálido del azafrán, discretamente administrado. Del animal, la succulencia del pollo abrasado a trozos en el aceite, la suave gelatinosidad de las anguilas, el saborcillo aromático de los caracoles de monte.

Está aquí resumida, y en felle síntesis, toda la huerta de Valencia. Por eso se ha dicho que es un plato del botín de los vencedores. Castellanos sobrios, austeros aragoneses y varoniles catalanes desembocan un día a este jardín sin término, juntan todos los tesoros «fungibles» que les ofrecía la huerta, vaciando en la sartén más espaciosa que encuentran y encienden bajo ella una fogata tan grande como la impa-

Fuera de los valencianos—y no todos—el resto de los españoles ignoran que la paella es algo más, mucho más, que un plato. Es un rito. Un modo espléndido de convivencia y hermandad. Una manera, única en el mundo, de comunidad gastronómica y alegre.

Es mía la tesis—perdón si presumo, pero no es vanagloria, sino amor—de que Valencia es tierra de ex combatientes. Es decir, de soldados victoriosos que han arraigado agrariamente. Soldados de Viriato en la antigüedad fundacional; soldados de los mejores caudillos árabes; de Mío Cid y Don Jaime. Por eso hay en nuestras cosas un regusto tan acentuado de guerra y vivac. La barraca no es un modo de habitar, sino de acampar. Versión rural y acqueriera de la tienda de campaña. No falta allí, junto al rosario, el tabureto. La polvora es nuestro himno mejor. Pues bien, si se me dijera dónde he visto yo algo que se le parezca a la alegría fraternal con que los valencianos «van de paella» yo tendría que responder, recordando mis tiempos de primera línea en los parapetos nacionales: ¡en las trincheras! (En las trincheras cristianas, se entiende, porque la paella, por succulenta, y por alegre, es inconcebible en el espíritu de cualquier trinchera roja.)

La verdadera paella valenciana es fiesta y jolgorio, antes que comida. Se desarrolla a la intemperie. Como todo lo muy valenciano. Intemperie en nuestra pintura prehistórica y en el Tribunal de las Aguas, las Fallas, el Corpus, las emociones religiosas y las apoteosis florales de la Patrona, la Batalla de Flores, la dulzaina y la traca... ¡todo! A la sombra de un sauce o una higuera, sobre tres pedruzcos formando improvisado llar, la paella se cuece y se come al aire libre. Nada de platos. Nada de individualización. Todos a una. Comunidad. La paella es, por eso, una cátedra de convivencia y buena crianza. Se come, generalmente, con cuchara de madera. Parsimoniosamente. Sin estorbar al vecino. Sin hacer ningún género de inelegantes trampas. Comiendo «al tall», es decir, según lo que va saliendo al avance de nuestra cuchara, sin rebuscar el mulsito apetitoso que cae en el «predio» de otro.

Rodean todos la paella y el rito comienza. Pasa el vino de mano en mano. Y las aceitunas. Y todo es regocijo. Porque los ritos valencianos son siempre así: comunicativos y anticaballísticos. Muy humanos.

Después de la paella, ya nada. Sólo fruta. Si es verano—el tiempo de las paellas rituales—la gran sandía, cuyas cortezas se convierten, a menudo, en proyectiles. Las buenas paellas valencianas se comen en el campo. Los amigos, las familias, los invitados a una boda, los clavaros de una fiesta, encuentran en torno a ella como el Dios tutelar de ese tesoro valenciano que es la alegría colectiva.

(Dibujo de Pedro de Valencia.)

**PRODAG**  
PRODUCTOS AGRICOLAS, S. A.  
VALENCIA  
Plaza Caudillo, 10. Teléfonos: 13894 y 17393.  
Dirección telegráfica: PRODAG.  
Exportación de frutas frescas, frutas secas, aceites esenciales. Herboristería. Materias tartáricas.

**Jose Roman Adrover**  
Exportador de frutas  
Colón, 12. Teléfono 13243

**J.A. KAHL**  
EXPORTACIONES AGRICOLAS  
VALENCIA  
Pintor Sorolla, 4 y 6. Apartado 528. Teléfono 14640. Telegramas KAHLIA



# ASPECTOS del AGRO ESPAÑOL

Mucha gente con criterio sano creía que el libro-cambismo era una cosa intangible, y que teóricamente no se podía criticar. Creían tan cierta su teoría como la de los vasos comunicantes; pero a partir de 1930 ocurrieron unos fenómenos técnico-económicos de extraordinaria importancia, ya que la misma Inglaterra, que basaba su comercio en el libre cambio, puso reparos y trabas a la importación de algunos productos, como la naranja, con 3/6 chelines de gravamen.

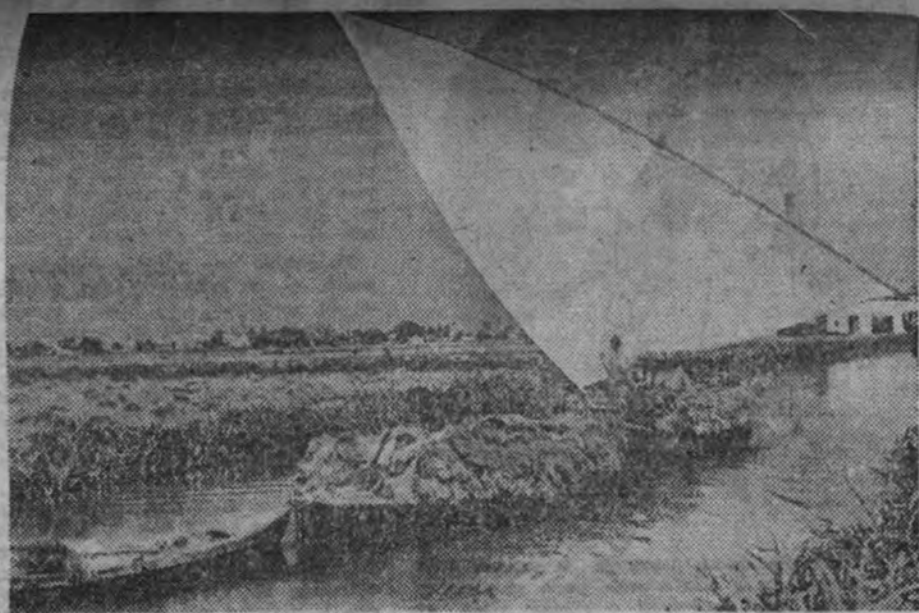
América nos dejó de tomar nuestra gran riqueza uvera de Almería, la cebolla, etcétera, etcétera. Por otro lado, este mismo país salva su gran riqueza naranjera gracias a su formidable organización de las Cooperativas. Si este país, que presume de libre-cambista por instinto de defensa, echa por tierra toda la teoría de libertad, ¿cómo nosotros no hemos de reaccionar, por instinto de conservación, ordenando nuestra economía agrícola y dándole lo que necesita para que pueda subsistir?

La Federación Sindical de Agricultores Arroceros de España, gracias a su organización, pudo antes del Movimiento con-

seguir el que la riqueza arrocerera no se perdiese, pues el sobrante de arroz de nuestras necesidades nacionales lo exportaba mediante prima, y sostuvo durante años un precio remunerador ficticiamente para el cultivo, que fue la salvación de los 40.000 cultivadores directos, y más de 200.000 obreros, y consiguió, además, que nuestra balanza comercial con la exportación de 70.000 toneladas, contribuyese a ser favorable en aquellos años.

Hemos de ser conscientes y vivir de realidades y dar a aquella producción que lo necesite la organización sindical adecuada y competente para que enfoque sus problemas reales, perturbando lo menos posible y prescindiendo de algunos fenómenos circunstanciales del actual momento, para que en el futuro sean la salvaguardia de dichos ramos de economía, y para ser eficaces han de tener la continuidad asegurada, ya que todo lo que se ha creado con intensidad no puede tener, bajo ningún concepto, la previsión que cada caso requiere.

El agro español está sufriendo en estos momentos una desorientación extraordi-



naria, y la tónica de moralidad que tiene ha de traer a la larga malas consecuencias, pues desgraciadamente el osado y desprevisto es el que más medra, y la opinión cree que este bienestar aparente puede subsistir. Ciertos sectores creen de buena fe que el campo necesita poca ayuda, y que la Nación no será rica hasta que no se dé un gran impulso a lo industrial y comercial, y que se debe darle toda clase de ayudas a este sector de riqueza nacional. La mayor parte de los españoles estamos orgullosos de esa potente industria-textil catalana, y en ciertos sectores menosprecian nuestro mayor tesoro racional español, que es el campo. ¿Qué sería de esta industria si en sus comienzos no se hubieran tenido las suficientes libras esterlinas para comprar su material e instalación? ¿De dónde se hubiera podido sortear sin tener las divisas necesarias para comprar anualmente sus primeras materias? La única riqueza que decidía favorablemente la balanza con el exterior eran nuestros vinos, nuestro aceite de oliva, nuestra naranja, etcétera, etcétera.

Además habrán de saber, que gramos de mercurio, toneladas de pirita, potasa, hierro y otros minerales que sacan del suelo español, es riqueza que se pierde; tendrá más o menos vida dicha riqueza, pero qué duda cabe que los geólogos pueden calcular que estas primeras materias oro, tienen un fin. En cambio, nuestros productos agrícolas de exportación, obtenidos gracias a nuestro clima, bendición de Dios y al esfuerzo titánico de nuestra iniciativa

privada del campo y al sudor y trabajo de millones de españoles, son riqueza persistente que pelagra por falta de orientación, de previsión y de organización. Esta riqueza que cuanto más la fomentemos, es la que en el futuro ha de dar, a nuestras reservas naturales un equilibrio favorable a nuestra balanza comercial y traer la tranquilidad económica social a millones de hogares de españoles. Socialmente no se puede emprender ningún programa, ni avanzar las más modestas aspiraciones, sin que los productos del agro español tengan su justo y racional valor.

Si queremos tener una industria próspera en España, demos a la gran masa de españoles que viven del campo unos jornales justos que les permitan, aunque sea modestamente, aumentar su poder adquisitivo. Pudiendo los productores españoles del campo gastarse una peseta más diaria, verán cómo aumentan de una manera permanente y sólida las posibilidades industriales de España.

Es necesario y urgente, antes que sea tarde, el dar al agro español una dirección profundamente estudiada para de momento intensificar al máximo la producción para cubrir con exceso las necesidades del pueblo español, y que además tenga solidez de continuidad y dirección competente que no cause recelos a los productores, para que ellos sin inquietudes se organicen y cooperen en un ambiente moral y nacional para bien de España.

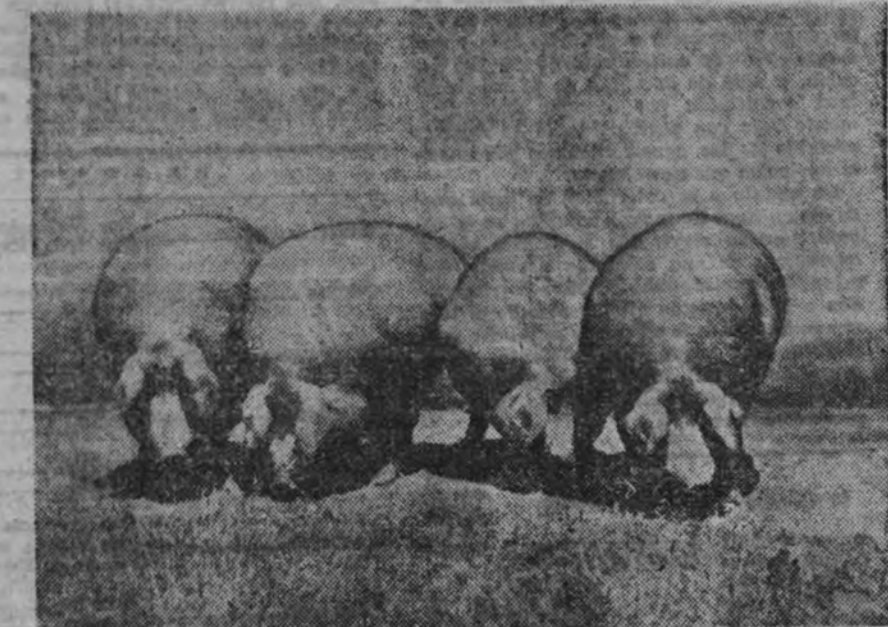
Juan Antonio GOMEZ TRENOE  
(Fotos Finezas.)

# LA GANADERIA VALENCIANA

Cuando se evoca la riqueza que significan las producciones valencianas, todo el mundo piensa en sus naranjos y arrozales, en sus espléndidas cosechas de hortalizas que imponen por su pronto logro vestigiosa rotación de cultivos; pero, en general, se prescinde—porque se desconoce—de su importancia ganadera.

Que es, no obstante, considerable. Según datos de la Delegación Provincial del Sindicato Nacional de Ganadería, el censo pecuario valenciano en 1940 constaba, en números redondos, de las siguientes partidas: ganado bovino, 32.000 cabezas; ovino, 174.000; cabrio, 145.000; de cerda, 81.000; caballar, 23.300; asnal, 14.000; mular, 21.000. Asimismo es considerable el desarrollo de las industrias zoógenas. La avicultura cuenta con 1.500.000 cabezas; con más de tres millones y medio de ejemplares la cunicultura; excediendo, además, unas 45.000 colmenas.

Nuestra guerra civil impuso un rápido descenso a la ganadería valenciana, en especial en lo que afecta a las especies mular, caballar, vacuno y asnal. Valencia fue siempre zona importadora de ganado de abasto, y durante el período marxista, sin importaciones, quedó destruida su cabana, invadiendo la destrucción las especies destinadas al trabajo. Sólo el matadero de la capital sacrificó en dos años de guerra más de 30.000 cabezas de caballar, mular y asnal para el consumo público. Y lo mismo hicieron los pueblos. Aunque es indudable que la ganadería requiera un largo período para su reposición, no es menos cierto que con relación al año 1933 se acusan en todas las ramas de ganado existentes en Valencia señalados aumentos: cabrio y ovino se acercan a las cifras de la normalidad; asimismo colmenas y conejos aumentan notoriamente y estos últimos sobrepasan



Ovejas pastando en la huerta valenciana.

con su cifra actual a todas las registradas anteriormente.

A la cuantía de la ganadería valenciana hay que sumar la calidad. Famosos los caballos de tipo bretón, tan adecuados al trabajo de las huertas y vegas de la Península, muy abundantes en la ribera valenciana o insustituibles para el laboreo de los arrozales; notables los rebaños laneros, que cada día adquieren más importancia dentro de su especial característica de producción de leche para fabricar queso blanco; extraordinarios los resultados conseguidos en la ceba de cerdos; recordamos aquellos lotes valencianos, que se llevaban los primeros premios en los concursos nacionales de ganado celebrados en la Casa de Campo. Algún ha dicho, y no es exagerada la afirmación,

que la cría de ganado porcino y la industria cárnica valenciana constituyen una riqueza económica provincial, sólo superada por la naranja. El hecho de que en aquella huerta se cobraran más de 160.000 cabezas anuales, procedentes de las zonas extremeño-andaluzas, confirman la anterior apreciación. Hoy día, las circunstancias imponen una limitación y, quizá un cambio de orientaciones en tan considerable industria.

De destacar es, asimismo, el resurgimiento del vacuno lechero; el lugar señalado de Valencia en cuanto a avicultura; autoridades científicas afirman que la cuna de la más famosa ponedora del mundo, la gallina Leghorn, es la huerta valenciana, y el censo de la Dirección general de Ganadería de 1933 daba a Va-

lencia el primer puesto en avicultura, con dos millones y medio de aves.

Es también grande el desarrollo de la cunicultura, en la que destaca el conejo gigante español, producto valenciano, ganador de grandes premios internacionales, y cabe asimismo el orgullo a Valencia de contar con cerca de 50.000 colmenas movilizadas—el total de las de esta clase en España se estima en 80.000—. Valencia posee más de la tercera parte de las colmenas del censo nacional, y sus mieles, a las que contribuyen entre otras plantas, el romero, tomillo, algarrobo, naranjo, espliego, brezo, almendro y otras varias especies, son verdaderamente deliciosas.

No deben terminar estas líneas, escritas al correr de la pluma, sin mencionar la gran labor que realiza el Sindicato Provincial de Ganadería Valenciano, y la tarea constante y acertada que desarrolla en defensa de los intereses pecuarios. Entre sus muchas actuaciones que comprenden los más variados aspectos, sobresale su preocupación por los plenos, en estos años de escasez, y la manera de resolver el problema, facilitando alimentos nutritivos y equilibrados, entre los que figuran productos y residuos poco o nunca aprovechados anteriormente por el ganado, y que constituyen, según lo confirman autorizados testimonios, adecuados y racionales raciones. Con estos plenos compuestos, en los que entra la pulpa de naranja, el salvado de espelta, pajas de leguminosas, orujos de aceitunas, harinas de pescado, subproductos del arroz, tortas de cacahuet, linaza, algodón, etcétera, se ha conseguido racionalizar debidamente al ganado y contribuir al rápido incremento de la ganadería valenciana, magnífico complemento de su admirable agricultura.

A. G. R.



FAMA. ORRIA el año 1823, cuando en la oficina de imprenta que poseía madame Huzard, en la mismísima ciudad de París, se publicó un libro intitulado, poco más o menos: «Voyage en Espagne dans les années 1818, 1817,

1818 et 1819, ou Recherches sur les arrosages, sur les lois qui les régissent et sur les lois domaniales et municipales considérées comme un puissant moyen de perfectionner l'agriculture française».

Autor de aquella obra era el barón Jaubert de Passa, consejero del Departamento de los Pirineos Orientales, el cual había tenido el buen gusto de trasponer la frontera por la fecha aludida y recorrer parte del territorio hispano. Parte nada más, porque realmente el contenido de la obra se manifiesta mejor en el título que ostenta la versión española, editada el año 1844 en la ciudad del Turia (y nunca más justificada esta denominación). Dicho título reza así: «Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia. Leyes y costumbres que los rigen, reglamentos y ordenanzas de sus principales acequias».

Por cierto que el autor, cuando se dispuso a tratar sobre los riegos del Guadalquivir, redactó este exordio: «Hemos llegado, por último, al país más rico, mejor cultivado, y, sin duda, el más interesante de la Península. Cuantos lo han visitado y descrito nos representan la vega de Valencia como un inmenso jardín, que contiene en sí toda especie de cultivo y de producciones. Pero en medio de estas riquezas agrícolas, en este paraíso de algunos poetas nacionales, lo que llama más la atención del agrónomo, es este admirable sistema de riegos, que parece haber resistido a los siglos sin sufrir la más leve alteración. Usos muy antiguos y leyes sencillas presiden a todos los trabajos; gobernantes expertos dirigen todos los intereses y necesidades, y, en fin, jueces incorruptibles, salidos de entre los mandatarios, arreglan, castigan o absuelven sin apelación».

Jaubert de Passa había alcanzado un éxito muy halagüeño con su obra. La Sociedad Real y Central de Agricultura de París, presidida por el ministro del Interior, concedió al barón el premio de la Gran Medalla de Oro con la colección completa de las Memorias de la entidad. Esta, no limitándose a conferir el antedicho galardón, suscritos con una cantidad equivalente a ochenta mil reales de vellón para colaborar en la impresión del libro.

...Que, además, fue inmediatamente trasladado a los idiomas alemán y ruso, para que la Alemania y la Rusia—como se decía por entonces—aprovecharan en sus anhelos reconstructivos el ejemplo que de España llegaba.

¿Verdad que es interesante esta faceta expansiva de la agricultura hispánica? Por ello, siempre resulta oportuno dedicarle un recuerdo.

## PROSAPIA

Al referirse a los riegos de las tierras valencianas, se abarca una cuestión más compleja de lo que a primera vista pudiera suponerse; porque dichas tierras no son irrigadas por el mismo sistema ni con facilidad. El procedimiento varía del norte al sur, según los caudales y otras circunstancias, entre las cuales figuran los modernos aprovechamientos de aguas.

Pero lo que seguramente ha llamado la atención de propios y extraños, lo que ha servido como decurso para otras organizaciones, lo que ha tenido mayores virtudes para la creación de riqueza ha sido el conjunto de riegos representado por las acequias de la huerta valenciana.

Si el río Manzanares, considerado como aprendizaje de tal, ha sido objeto de toda suerte de vayas y dimeros por parte de literatos pedestres y cínicos, no ha sufrido menos burlas el río Turia, por el hecho de que, al pasar por la ciudad de Valencia con anchuroso cauce de rectos pretilles y puentes monumentales, suele mostrarse con mequino y mansueto caudal. La penuria que muestra donde más gentes le ven, débese, como ya se ha dicho tantas veces, a que desde las alturas de su curso, cuando todavía se le denomina Guadalquivir y también río Blanco—que es lo mismo—, comienzan a restarle aguas para derramarse por las vegas más o menos dilatadas que hay a uno y otro costado del curso.

Y eso—conviene remacharlo—antes de llegar a la vega más generalmente conocida como Huerta de Valencia, briosa y fecundada por cierto número de acequias que, arrojando anchas y rebosantes, se van dividiendo, subdividiendo, escurriendo y ahillando hasta constituir venillas que mueren invisibles en el último terrón de la próspera gleba...

¿Cuál es, en el tiempo, el origen de tales acequias? Modernamente se ha formulado una hipótesis, según la cual produjéronse, naturalmente, en época arcaica, o poco menos, cuando se iba enjugando de lagunas y lagunazas la llanura que hoy se halla comprendida entre las montañas del interior y las playas mediterráneas. Pero las dos tesis, repetidamente manejadas por los eruditos locales o regionales, a veces con una violencia que encubría ulteriores significados, consisten, respectivamente, en atribuir la creación de las acequias a los romanos, que tan gran espíritu



Por ALBERTO DE ONDARA

tu constructivo acreditaron, o en considerarla obra de los musulmanes, que desde luego dieron a los canales de que se trata el nombre genérico—acequias—, que todavía lleva. En cierta manera puede hablarse de una tesis clásica—la romana—, contra una tesis romántica: la musulmana. Pero, como la pugna está aún por ser decidida con razones contundentes, no hay inconveniente en conjugar ambas tesis, suponiendo que los musulmanes conservaron o mejoraron lo iniciado o creado por los romanos. Ni llegando a esta actitud de eclecticismo, habría mayor dificultad en recoger la hipótesis anteriormente referida y en suponer, por ende, que unos y otros, latinos y árabes, siguieron las huellas marcadas por la naturaleza de las cosas...

Sea de ello lo que fuere, cuando don Jaime el Conquistador ganó la Huerta de Valencia para la civilización occidental, encontróse con un sistema de riegos al que pertenecían, desde luego, la mayoría de las acequias, que luego serán nombradas, y procediendo con la natural sabiduría que acreditó tantas veces, las donó—casi todas— a los habitantes y pobladores del nuevo reino, para siempre y sin trabas, con objeto de que las aprovecharan de día y de noche, todo ello como en *tempus de sarracenis*, o sea, en tiempo de los sarracenos.

## DETALLE

Las acequias fundamentales para regar la Huerta de Valencia son actualmente nueve.

¿Por qué, descendiendo al pormenor, no dar una breve idea de cada una?

La primera que se encuentra, bajando por el río, y a la izquierda de éste, es la acequia Real de Moncada. Cuando el magnífico Monarca mencionado donó en 1239 casi todos los canales de riego, reservó uno, que fue precisamente éste. De todos modos, acabó donándolo también en 1263, a pesar de lo cual ha conservado la regia denominación. La acequia de Moncada es la más importante de todas, tanto por su recorrido, de unos 20 kilómetros, como por su caudal, que beneficia cerca de 1.000 hectáreas. Atravesando campos y salvando por medio de un sifón el tropiezo con un barranco, se aproxima a los campos de Sagunto, donde acaba en el mar, que es el mar.

Después, por la derecha del Turia, la acequia de Cuarte, que discurre por los planos más elevados de la vega valenciana, habiendo nacido en término de Manises, la ciudad coronada de humo y rica en fulgurantes vasijas de valientes colores. Esta acequia—que comprende las también famosas de Bencher y Faltanar—rinde sus últimas linfas en la Albufera.

La acequia siguiente—esta vez por la izquierda del Guadalquivir—se llama de Tormos. Nace en término de Paterna, la población hermana y aún gemela de Manises, también ilustre por sus producciones cerámicas, aunque siglos ha cesaron en la elaboración. Y muere, no en el mar ni en el lago, sino en otra acequia. Nuevamente a la derecha del río. He aquí que, todavía en término de Manises, comienza otra acequia: la de Mislata, que, luego de atravesar varios términos, entra en el que le da nombre, expira asimismo en la Albufera.

Ahora, a la izquierda. También en término de Paterna nace una acequia, cuyo nombre—Mestalla—es conocidísimo en España entera, aunque no precisamente por razones agrícolas. Desde luego, pasa, junto al terreno deportivo que toma su nombre, riega campos—no deportivos—inmediatos a la ciudad de Valencia, y entrega al mar los restos de sus caudales.

De nuevo en la derecha del Turia, y a muy poca distancia de la urbe valenciana, se inicia la acequia de Fabara, que riega terrenos comprendidos proplamente en los límites urbanos, aunque después se aleja, baña varios términos y fenece en el antedicho lago, adoptando la forma de canal surcado por leves barquichuelos.

La última acequia que surge a la izquierda del Guadalquivir es la de Rasaña, que, perteneciente por completo al término municipal de Valencia, tiene además la particularidad de que se extingue poco a poco, insensiblemente, confundándose con la tierra, sin que tribute a las aguas dulces ni a las aguas saladas.

La acequia de Robella—que primero se llamó de Ruzaña—es irrefragablemente la más ciudadana de todas ellas. Introdúcese en las entrañas mismas de la población valenciana para cumplir a lo luego de las cloacas una función no menos higiénica por humilde. Pero a más impulsos ingenios para hilar y torcer seda (aquella seda tornasolada y crujiente!), y ayúdalo a los trabajadores de la piel, organizados en varios gremios. Y a continuación, grávida de posos y fermentos, desparrámolos por los predios que con ellas se enriquecieron...

La última de las nueve acequias apuntadas al principio es la del Oro, llamada oficialmente Canal del Turia, que comienza a medio camino entre el núcleo urbano de Valencia y el mar, para acabar su curso en la Albufera. No solamente es la pos-trera en el curso fluvial, sino también cronológicamente, pues fue construida en 1829, y a costa de los terratenientes, o, mejor dicho, de los cosecheros, sin que faltase alguna ayuda superior.

## LEY

El agua fecunda la tierra; la tierra produce frutos; los frutos valen dinero.

¿Dinero? Pues si hay dinero se puede faitar la lucha, bien sea abierta, bien dolosa; ya sea cara a cara, ya con artimañas; ora sea incruenta, ora con derramamiento de sangre...

No es de extrañar, consecuentemente, que el sistema de riegos establecido en la Huerta de Valencia posea una norma superior en evitación de contiendas y discordias que invaliden la eficacia de la organización misma.

Esa pauta suprema se halla encarnada en el Tribunal de las Aguas, que constituye un islote en el océano de los Códigos españoles. No tendría nada de particular que semejante institución datara de los años musulmicos y que, como el resto de la organización, hidráulica, fuera respetada por don Jaime el Conquistador. En épocas cercanas a este rey se le sabe actuando con ocasión de las infracciones, trapacerías y mingalinas cometidas por los hombres rústicos para el más ventajoso usufructo de las aguas turianas.

El Tribunal de las Aguas sobrevivió a los siglos aguantando diversos embates. Uno de ellos fue la abolición de los Fueros valencianos por Felipe de Anjou, ocasión en que salvóse acaso por no constituir un cuerpo legal escrito con toda solemnidad. Otro momento peligroso fue el de 1812, cuando las Cortes de Cádiz arremetieron contra las jurisdicciones privativas. Los parlamentarios gaditanos no hicieron mucho caso al dócil varón valenciano don Francisco Javier Borrull, que rompió lanzas verbales en pro del Tribunal de las Aguas, que como también se le llama.

Mientras esto acaecía, el Tribunal de las Aguas seguía funcionando en la ciudad de Valencia, sometida a la dominación napoleónica. Terminada ésta, y cuando predominaron en la población los partidarios del Código gaditano—que había abolido el

Tribunal de las Aguas—prosiguió funcionando éste como si nada hubiera ocurrido. Y así hasta hoy...

Todos los jueves—si son festivos, los miércoles—se reúne a las doce del día (que es la hora de mayor claridad) junto a la Catedral, en la puerta llamada de los Apóstoles: puerta que, con su pétreo apostolado, carcomido por vientos, lluvia y otras enemistades, figura como portada en una edición de la obra «Du sang, de la volupté et de la mort», escrita por Mauricie Barrés.

El Tribunal de las Aguas, constituido por siete miembros, que son los síndicos o representantes de las acequias anteriormente mencionadas—excepto la de Moncada, que se desenvuelve aparte, y la del Oro, recientemente construída—, juegan de todos los litigios producidos en la utilización de las aguas. Y provienen de una manera rápida, verbalmente, sin papel sellado o no sellado, con una serie de garantías que alguna eficacia tendrán cuando han mantenido el organismo frente a tantos peligros, el principal de los cuales consiste en la marcha avasalladora de los tiempos.

## POESIA

En fin: para conocimiento de las acequias que fluyen por la Huerta de Valencia, los libros dan los anteriores datos y muchos más.

Lo que no dan los libros—porque no pueden darlo—es el conocimiento directo, que se consigue, en cambio, con una serie de pasadas por la vega valenciana.

Por allí se ven las acequias, que suelen marchar morrosas, arrastrando sus aguas, quizá medianamente claras, pero más a menudo coloreadas con intensidad por el barro que llevan diluido. Entonces parecen conductos ubérrimos de sangre fecunda. Y, si por ventura son jornadas primaverales, hay cada orilla una teoría de lirios amarillos, una cenefa de florillas sin nombre—según las llaman el poeta natural—y un deslumbramiento de matas verdes como cabelleras de náyade. En cambio, el verano afirma en las márgenes la providez pampanosa de las higueras, la lluvia luminosa de los sauces, el garabato verdegato de los azufaños, la foliación renovada de las moreras, las lanzas metálicas y los pompones argentinos de los cañaverales...

Avanzan, avanzan las acequias. Ahora ciñen la explanada, donde se levantan una clara barraca o una morena alquería; a seguida, rozan el caserío blanco y azul de una villa; luego pasan por el artilugio antañón de un molino de arroz, de harina o de papel; después aprovechan la libertad que les da una compuerta levantada; cómo irrumpen, con estallido de espumas, con gluglu de líquidos, sobre la tierra que les espera! Se extienden, se esparsan, se desparraman; besan los terrones, se suman entre ellos, llegan a las raicillas más profundas...

Y así quedan fecundados los campos, esos campos—cultivados como jardines—que, según las épocas, muestran la alcatifa de las chufas o del cacahuete; el encañizado de los reluctantes tomates; la pesadez de melones o calabazas; las formaciones del maíz; tantos y tantos productos, entre los que—como broche—merecen un recuerdo las flores, porque también las acequias levanan los jardines, esos jardines—cultivados como campos—en que, según las épocas, se ven las rosas con sus múltiples formas y sus variadísimas coloraciones; las oleadas de albahiles; los gentilismos claveles; los aterciopelados pensamientos; los santuosos crisantemos; los mortuorios amarantinos; las mimosas de sonrisa fugaz...



(Director de la Escuela de Cerámica, de Manises)

Ayuntamiento de Madrid









ESCRIBIR un valenciano sobre las fallas y tener a nuestra huerta, es cosa siempre que obliga a un especial rigor. He aquí nuestra actitud: amamos a Valencia como a una patria, y no como a un recuerdo ni tópico. Nadie nos invite, pues, a la blanda nostalgia ni a la alegría barata.

En esta línea de servicio ameroso hace ya tiempo que rechazamos públicamente el libro de «Azorín», si primoroso y tentador, patrióticamente inoperante; y hoy denunciamos como superficial, injusta y peligrosa esa referencia tópica que por ahí se tiene de nosotros, cuplet y cromo, gallardete y cartón, traca y fallas, paleta colorista y oratoria trepadora y florida.

Sin embargo, no nos es fácil eludir ahora, al referirnos a nuestra huerta, las frases manidas de la huerta ubérrima, la feracísima Ribera del Júcar, nuestra paradisíaca geografía. Porque tiene Valencia en verdad una huerta de belleza y fertilidad incomparables, la primera de España por razón de su fecundidad, llana disposición y equidistante clima; la de más elevada cifra de superpoblación, sólo seneciente a la del valle del Nilo y el delta del Ganges; centro también —según J. Bösch— del fenómeno geográfico, económico y humano más importante de la región levantina.

Cuando Teófilo Gautier, Edmundo de Amicis o el P. Tovar visitan España en el siglo pasado, al irrumpir en nuestro Reino tras la llanura desolada de Almanza, exclaman unánimes y conquistados: «¡Esta tierra es un verdadero paraíso terrenal!» ¡Paraíso! No es nuevo el reguero. Cuantos nos confían sus sensaciones y recuerdos de esta tierra levantina, repiten esta misma idea o impresión de paraíso. Ben Jafacha y el P. Mariana. Y en «El Grao de Valencia» pone también ya Lope de Vega el mismo calificativo, en estos versos lisonjeros que dice una castellana recién llegada a nuestra costa: «Sin duda que aquesta tierra —debe de ser paraíso— donde el cielo, en parte, quiso —mostrar el poder que encierra.»

Olaro que es, desde Fusol a Catarroja y de Villamar a Catarroja, donde nuestra agricultura adquiere pleno relieve, y el paisaje es un ofrecido con toda su típica exuberancia; desde los naranjos y arrozales, hasta las hortalizas y las flores; desde el rumor de las acequias casi cubiertas por el musgo y las moreras, hasta las higueras copudisimas y los frondosos parrales, entre los que se esconden las barracas, las «blancas palomas» que cantó Llorente.

Unos datos económicos sobre nuestra huerta revalorarán debidamente el tópico, y se verán, sin pretenderlo, nuestros proyectos; la naranja, cuyo cultivo se extiende a cuarenta mil hectáreas, ha adquirido categoría de moneda española de intercambio, habiéndose valorado su riqueza el pasado año en tres mil millones de pesetas; el arroz, otro de los cultivos valencianos más típicos, se extiende a más de treinta mil hectáreas; la cebolla, a cerca de los diez mil. Y, además, son de excepcional importancia los cultivos de la patata —con tres cosechas anuales—, las chufas, que llegan a producir hasta doce mil kilos; los pimientos y tomates, el cacahuet y los frutales.

Panaje y cultivo, Poesía y Economía, Valencia es a un mismo tiempo tierra fértil y gente afanosa. El labrador valenciano es activo e inteligente, emprendedor y jovial; agricultor con ribetes de agrónomo y jardinero; enjemplar hortelano, en fin, «que sabe cultivar los campos con el primer y el mimo de los jardines»; y los jardines con la abundancia y un tanto preocupada prodigalidad de las cosechas. Su cuidado y su afán se advierte en todas partes: en los naranjales sin la menor hierbecilla inutilizable, y en el ajedrez barroco de los tableros de hortalizas; en la orbeola de los frutales, y en los cuadros de flores de junto a la barraca. Es vería que la vida le es dulce, porque esto es en verdad un maravilloso vergel, en donde la tierra se desborda cada año en cosechas espléndidas. Pero, ¡qué preocupación más constante y exigente la de sus numerosos cultivos, y qué virtudes de laboriosidad y tenacidad más meritorias aun en esta huerta verde y blanda! «Somos la tierra de la alegre facilidad», se ha escrito. Pero nuestro labrador sabe que esa facilidad es sólo mitad del cielo; que la otra mitad es obra de su celo y su labor. Lo queremos decir más claro. ¡Qué admirables —señores miembros de las Comisiones Falleras y señores artistas—, qué ejemplares nuestros labradores, «el tío Pep y Visentico»!

Lo que el año pasado fué acierto magnífico de ingenio y arte, de acerada intención política y gracia musculada y saludable, en aquella monumental falla que nuestro gran Regino Más preparó para la plaza del Caudillo —«Su Majestad el Labrador»— recordémosla —coronada de hortalizas y recibiendo despreocupado el tributo que le ofrecen sus vasallos: los pimientos, lechugas, berenjenas, tomates, etcétera, mientras que con cara satisfecha, de digestión copiosa, contempla cómo sus vasos don chorros de plata, sus gallinas huevas de oro y sus tierras billetes de mil —se ha convertido este año en gregario y hasta enojoso motivo fallero; llegando en algunas —como la que se montará en la Gran Vía de Fernando el Católico— a la crítica estragada, cominera y sangrienta, salvando la anécdota sabrosa que le ha dado origen.

Entre el gran número de fallas que este año se instalarán, y en las que el estraperlo del labrador figura como socorrido argumento, no hemos encontrado más que una —la que A. Ariño prepara en las calles de Sueca y Denia con el título de «Oh naranja, dorada fortuna!»— en la que se trata de reivindicar a nuestro huertano de este ya tópico ofensivo del estraperlo. Con una lúmpica plástica fallera se señala al corredor y al exportador, representados por unos naranjas —variedades «California» o «Navel»— como los que se lucran con el esfuerzo del labriego; mientras éste duerme a la sombra de una higuera, o como en otro grupo, trata de defenderse de unos comisionistas. En el centro de la falla una gran figura de labrador valenciano, cuyo cabeza es una enorme naranja coronada. Se advierte el reproche, a un pueblo como el valenciano que concentró todo su entusiasmo en el rico postrero dorado, y se olvidó un poco del secano de esas valencianas tierras del interior, de cereales y olivos —subiéndosele la naranja a la cabeza.

Pero advertimos en la inmensa mayoría de nuestras fallas con referencia huertana, una misma expresión de protesta, una manifestación unánime del resentimiento ciudadano contra la huerta; eso que un amigo inteligente ha llamado «la gran querrela de la ciudad con el campo». Porque la crítica sana y la política intención que las fallas revelan, es algo en que coincidimos todos; así como también en el magotable ingenio de nuestros falleros, de más difícil expresión todavía en esto que llamamos, con frase de indudable resonancia musical, «variaciones sobre el mismo tema». No entendemos, sin embargo, la imitación que en ellas se hace de esta fiscalización, en perjuicio de la fama de nuestros labradores. El campo lucrativo del estraperlo tiene una manifestación extensísima y variada, para que nos contentemos con esta expresión única y evidentemente parcial. Si hemos de ser sinceros, confesamos ya nuestra simpatía por ese nuevo rico de «So Quelo», de rostro sonrosado y eufórico, socarrón y vanidoso, que este año va a levantar en medio de la plaza del Caudillo, junto a la gracia de la alquería valenciana, el cubo de un rascacielos nada menor que de 26 metros de altura, para poder obsequiar a los forasteros con el rumbo que corresponde a la hospitalidad valenciana. ¡Tiene aún «So Quelo» tanto de nuestros labradores! En la polémica de la ciudad y el campo, de la urbe pecadora contra el esfuerzo del cultivo, nosotros, hombres acaudalados en las tareas culturales, nos decidimos por el campo.

Hemos escrito antes la palabra fiscalización. Manifestación originalísima de justicia, en un ambiente jocundo, abierto, y vocinglero, propio de una ciudad solar, mediterránea y barroca y de un pueblo que siente en yema y corola, escosor y fiebre, la savia meiga de la primavera. Edificados en cartón y expuestos a la moja durante tres días.

¡Tengan todos, eso sí, la acción de estos tribunales! Porque su rigor es en verdad justiciero, y es tremendo su fallo único e inapelable. Expuestos durante tres días inabarcables al escarnio público, la noche del 19 —a la hora del águila— arden los ajusticiados ante un paisaje humano alegre y desbordado que se arrastra en los balcones y en las calles. Cientos de manos atizarán el fuego, y una imponente columna de humo y de pavesas subirá veloz y terrible envolviéndolos en su abrazo. Si alguien grita a otro el «¡ché esperat!», no será para pedir piedad, sino para llegar. Llega uno de los reos —aquel que conserva una arrapancia molesta— y asestarle un garrotazo en el hombro. Hasta que la pira enorme no sea más que un breve rescoldo, no se irá nadie a dormir tranquilo.

Pero por favor, no se pongan serios, ilustres visitantes, filósofos, más o menos baratamente sobre el carácter de este espectáculo de la «cremá», ni busquen parecidos con estampas históricas más o menos remotas. Sobre estos catafalcos que esta noche quema Valencia, hemos puesto nuestros ídolos derrocados, nuestras intencio-

nes mordaces, los chismecillos afilados de ironía, los cuentos incontables. Quemamos en efigie, dando desahogo a nuestra indignación, a todas aquellas injusticias a las que no puede alcanzar el código, y a aquellos proyectos que no se realizarán jamás. Se ha dicho que las fallas tienen el contenido insurreccional de esa «germania latente» que somos los valencianos. Nosotros afirmamos que en la ocasión de las fallas se manifiesta no sólo de una manera correcta, sino, además, artística y ejemplar.

Por esa ejemplaridad justiciera que nuestra fiesta tiene, nosotros pediríamos —si contásemos— que su acción se extendiese a todos los órdenes y aspectos de nuestra vida ciudadana. Sin caer en lo chabacano, sin demasiada sal y sin colorines. Con esa gracia artística, alegre y fácil con que vienen haciéndolo nuestros falleros. Pensando siempre en que somos una ciudad europea de claro linaje.

#### CUATRO FALLAS CON MOTIVOS HUERTANOS

##### SUECA Y DENIA

«¡Oh! naranja, dorada fortuna!», titula Adolfo Ariño la falla que se plantará en las calles de Sueca y Denia. Motivo valencianismo y argumento en ingenio típicamente fallero, la falla consta de cuatro salientes, que se titulan: «Verdes», «Nave...», «Mandarín...», y «China», y que corresponden a las variedades de naranjas de igual nombre. Representa a la llamada «Verde» un labrador valenciano dormido bajo una higuera, y que, por lo tanto, no se enterará de que otro se lleva las ganancias de la cosecha que él trabajó, haciendo gracia a aquel dicho valenciano «Es quedá en la figura». La clase «Nave...» está representada por un opulento exportador, con una nave en la mano, dando a enten-



der lo descansadamente que se hizo con el dinero del labriego, acumulando grandes gastos de fletes. Un Mandarín, sacando una naranja mandarina de una maceta, representa a esta variedad. Y la «China», está expresada por un naranjazo que recibe un torero por su mala actuación.

Ya en la planta de la falla aparecen cuatro escenas inocentes y graciosísimas, que corresponden a las siguientes clases de naranjas: «Comuna», «California», «Sanguina» e «Imperial».

Unos padres, desesperados porque su hijo no toma el «naranjil» purgante, representan a la «Comuna».

A la variedad «California», dos corretores, que en vez de llevar el número en el pecho, ostentan el 50% y el 100%, ganancias que se llevan de un tercer personaje, que es un labrador, que queda «penchato» o colgado de un árbol.

A la «Sanguina» la coloca el artista en la fabricación de refrescos, gaseosos y naranjados, representados por unos convencionales aparatos, que controla un doctor vestido a la antigua, y que fabrica estos géneros.

La «Imperial» es empleada, por su nombre, para la fabricación de esencia de perfumes. En la parte alta, cuatro figuras representativas pregonan la fama adquirida por este fruto.

Ocupa el centro una gran figura de labrador, cuya cabeza es una enorme naranja coronada, manifestando la grandesa de este fruto. A su alrededor, figuras de contrabandistas representan a los aprovechados en este negocio, mientras unos labradores se defienden de ellos con bastones lirianos.

##### LOPE DE VEGA

El veterano artista fallero señor Canet prepara en la plaza de Lope de Vega, con

ánimo de alcanzar, una vez más, el primer premio, una falla de motivo patriótico antiespañol, y según nos refieren, de monumental tamaño y ejecución primorosa.

Trata de reivindicar lo auténticamente español, frente a la «leyenda negra» y la España «de panderetas».

Para la realización de este tema se han seleccionado los trozos más representativos de aquellos monumentos regionales con categoría de símbolo, que ocuparán en el enorme mapa de España, que servirá de base, el lugar que geográficamente le corresponde. Figurarán, con otros muchos, fragmentos del Pórtico de la Gloria de la Catedral compostelana; otro de la Mezquita de Córdoba; el Patio de los Leones, de Granada; una carabela en el puerto de Palos; el castillo de Manzanera el Real, etcétera, sin olvidar ninguna región.

Una gran figura central de valenciana lleva en sus manos una pandereta en llamas, significando que arroja al fuego la España «de panderetas» con todos sus vicios y desmayos, conservando, en cambio, todo aquello que tiene un valor histórico, tradicional o artístico.

En un ángulo de la falla el «tío Pep», que también en algún momento ha tenido ribetes de liberal, mira asombrado el espectáculo grandioso, y entendiendo lo que España representa, se emociona y arrepiente.

#### GRAN VÍA FERNANDO EL CATÓLICO Y ADYACENTES

Sobre un tema siempre mercedor de la crítica más dura —el abuso de los labradores en la venta de sus productos— José María Martínez ha preparado para la falla de la Gran Vía de Fernando el Católico y adyacentes una sátira atroz y sangrienta, cuyo origen es la siguiente anécdota: «Un tal Diego, hijo de una de las alquerías cercanas a la capital, formaba parte de la Comisión de esta falla el año pasado. Siendo costumbre de las Comisiones celebrar momentos antes de la «cremá» una cena en común, el tal Diego se comprometió a facilitar todo lo necesario para la cena, con la satisfacción de todos, que creían haber obtenido algo más barato. Y sucedió que no sólo les cobró el precio corriente de cualquier establecimiento, sino mucho más caro. «El tal Diego —me dicen— nos resultó Diego Corrientes, y de aquí el que decidísemos dedicar este año la falla contra el estraperlo.»

En efecto: el estraperlo mayor debió ser con el arroz. Se levanta en la falla, del mismo centro de la base, un saco que quiere ser de arroz, en el que se lee: «Diego Corrientes Sueques; sobre él, sentada, una gran figura de labrador valenciano que se sonríe y que lleva en sus manos la careta y el trabuco. En los salientes de la base, varios grupos de figuras representan diversas escenas de estraperlo barato y pintoresco.

#### PLAZA DEL MERCADO DE RUZAFÁ

El humor popular de nuestra tierra se traduce en la glosa socarrona de la gran vida del labrador actual, que J. Sánchez ha preparado para la falla de la plaza del mercado de Ruzafá.

Se trata irónicamente de levantar un monumento al labrador valenciano, por sus «grandes esfuerzos» para abaratar las subsistencias. La gran figura central del labrador recibe la guardia de honor de berenjenas y pimientos armados de escudo y lanza, sirviéndole de base una colosal calabaza. Cuatro grupos de figuras representan otros tantos refranes valencianos, intencionadísimo y alusivos también a los productos agrícolas.

Completan la sátira distintos dibujos sobre refranes valencianos también, que decoran las paredes de la falla. El tono de la crítica está señalado por unos versos que figuran en el programa de fiestas de la Comisión, cuya traducción literal es ésta: «La explicación de la falla queda a juicio de la gente. Quien se crea inteligente y la comprenda mejor, verá que es un labrador que con refranes y chirimotas nos hace sudar a gotas y no nos deja melones, ni lechugas, ni alcachofas, ni cebollas, ni pimientos.»

##### PLAZA DEL CAUDILLO

La gracia de nuestra alquería con su elegante torre pequeña cubierta de «vidriadas tejías», las paredes blancuquinas, y el ambiente entoldado del parral sobre los gruesos pilares de mampostería; en la que, adivinamos las grandes habitaciones con lechos altísimos, al fondo el corral ancho y con pilas de forrajes y leña de naranjo, y



el «celler» (sótano) repleto de orzas con fritos y confitures. Y, junto a ella, la impresionante mole del rascacielos, con sus largos ventanales fríos, y sus bloques de piedra bruhida; en los que sólo concebimos directores de compañías de seguros, mecánografos rubias y suelos charolados. ¡En verdad que estos nuevos ricos son insuperables!

La idea es de «So Quelo» (señor Miguel), el tío Quelo del año pasado, aquel que lucía su propra andorga sobre las riquísimas hortalizas de su alquería. Como el dinero todo lo puede, se ha hecho el amo de esta plaza, de la falla, del Ayuntamiento y de todos los vecinos, y ha diseñado en su pedertería a la falla de la calle de la Paz, de tan prestigioso historial fallero. Se ha nombrado a sí mismo presidente, fallero mayor y hasta «bellera»; ha nombrado diez agentes suyos a mil pesetas; ha anunciado la publicación de un diario fallero con tres ediciones diarias y en el que colaborarán las plumas más brillantes de toda España; ha prometido para los niños pobres millones de buñuelos y hasta va a montar por su cuenta y riesgo una gran Oficina, con bar y todo, para informar y obsequiar a cuantos forasteros lleguen.

No ha habido manera de conocer el argumento de la falla, ni saber qué es lo que pretende con ese alarde de organización y de hospitalidad. Su riguroso secreto fallero tiene intranquilos a muchos; y un colega que dice conocerlo bien, nos asegura que a pesar de ser «nuevo rico» tiene un corazón grandísimo. Y una vanidad tan grande como el corazón, que también es buen motor para las fiestas.

Por otra parte, Regino Más, el autor de la falla, sigue siendo el arquitecto de nuestros artistas falleros, el que siempre sabe decir la última palabra de este arte popular. Y le ayuda nada menos que ese otro fallero de tan sólido prestigio, que se llama Carlos Cortina.

Valencia espera curiosa e ilusionada.

#### DON JUAN DE AUSTRIA, BARCAS, PASCUAL Y GENIS Y ADYACENTES

Desde hace más de veinte años, todos los sábados a mediodía, la Huerta y la Ciudad se dan tática y comercial cita en esta acera del café «Royalty», esquina y chafán a las calles de Don Juan de Austria, Barcas y Pascual y Genis. Quien haya cruzado estas calles en tal día y tal hora, habrá podido ver, junto a las blusas negras y los rostros sanotes de nuestros huertanos las caras pálidas y las chaquetas bien cortadas de la «gente de capital». Centro de transacciones entre productores y consumidores, hay un alboroto de regatos y felicitaciones que recuerda a los zocos, y son numerosas las idas y venidas a los bares próximos, acabando casi siempre en comidas

copiosas en algunos de los restaurantes cercanos. Desde hace algún tiempo —no hay que aclararlo— la acera de Royalty es lonja de los negocios más lucrativos.

Con el título, claramente alusivo, de «El mediodía del sábado», el artista fallero F. Guillot ha preparado una falla monumental de gracioso conjunto arquitectónico que recoge el ambiente de este pintoresco espectáculo. La base adopta las formas de un mostrador de bar, sobre los altos taburetes, unos elegantes consumidores, entre los cuales está algún huertano, beben las combinaciones que les sirven los tres barman que figuran detrás del mostrador. Una rubia platinada alterna con los bebedores y emboca a uno de ellos. Hay un surtido variadísimo en colores agrícolas: lechugas y tapas. Al otro lado, junto al mostrador del restaurante, un comedor, al fondo del cual se ve al cocinero obeso, de gorro blanco, la paella, con todos sus ingredientes, y una moza que sirve la comida con la más simpática de sus sonrisas. Hay unas listas de precios con texto gracioso e inofensivo.

En la parte opuesta de la falla, unas enormes carteras abultadas que descansan sembradas sobre unos sillares en los que están escritos los nombres de los Bancos encuadrados en este barrio fallero, que son casi todos los de Valencia. A un lado, la alcancía de barro y la cajita metálica de ahorro; al otro, un mueble moderno, mitad caja de caudales, mitad nevera eléctrica.

Siguiendo las líneas que dan altura al catafalco, descendiendo por encima del frontis una seña descomunal, y por el lado contrario un cuerno de la abundancia, por cuya boca fluye una lluvia de donativos que se vierten sobre la maqueta del Preventorio Infantil de San Francisco Javier.

En lo alto, coronando la falla, una colosal figura de labrador valenciano, que está sentado sobre un barril de cerveza, ligeramente inclinado. La cara recuerda a la del dios Baco que pintó Velázquez, aunque su corona no es de pámpanos, sino de policromados billetes de Banco. En su mano derecha levanta una bandeja con un vaso de cerveza rodeado de aperitivos.

# S. SANCHO



Fábrica de lunas  
Biseles - Talado

Decoración artística en  
vidrio y cristal  
Acristalamiento de obras

Jesús, 49. - Teléfono 10603  
VALENCIA

CENTRO TÉCNICO DE FUMIGACIÓN

Casa **Enima**

DESINFECTACIÓN-DESINSECCION-DESODORIZACION  
CONVENTO SANTA CLARA II - TELFNO. 14098

**Valencia**  
ALYES 23 - TELFNO 27697

**Madrid**  
BALMES 22 - TELFNO. 13426 y 72204

**Barcelona**

Frutas, hortalizas y patatas  
Exportación e importación

**José Guillot Fabado**

Casa central: Mercado Central, 66-69.  
BARCELONA  
Sucursal: Colón, 54. VALENCIA